EL ASNO DEL DOMINGO DE RAMOS

FRANCIS JAMMES

No temas, hija de Sión: he aquí que tu Rey viene sentado sobre el hijo de una pollina.
SAN JUAN ZACARIAS

Pacía con mi madre la hierba azul del prado
de un sabor como nunca acre y azucarado.
Sobre el cielo sin mancha, en trazos incisivos,
se alzaba el verdinegro Monte de los Olivos.
Pastábamos desde antes de que rayara el día;
el globo de la luna poco a poco perdía
su luz; del sol naciente en las tintas bermejas.
Todo estaba tranquilo. Se oían las abejas,
el canto del arroyo chocando en los ribazos,
y nuestro ramoneo como tijeretazos.
Mi madre estaba atada; yo libre en la pradera.
Ella en pie, meditaba bajo de una palmera
Por el azul cruzaron dos palomas en vuelo.
Las ví: sentí la vida con íntimo alborozo
y —las patas al aire— me revolqué en el suelo
...De pronto, oí a mi madre que lanzaba un sollozo.

No era el cotidiano rebuzno, era un gemido
que desgarraba el cielo, hondo, desconocido.
Mi alegría trocóse en dolor de repente,
Y la vida seguía su curso dulcemente.
Brincaban saltamontes en la hierba aromática;
un gato, frente a un perro, en actitud extática,
vigilábalo, inmóvil, con el pelo erizado.
Bien pronto los discípulos vinieron hacia el prado
y a mi madre desatan: ví que ella los seguía
tranquila y dulcemente, como que ya sabía,
el asna, de pupilas como la noche bellas,
que aquel deber estaba escrito en las estrellas.
En cuanto a mí, inocente, tienden una mantilla
sobre mi flaco lomo revolcado de arcilla,
y contento, admirado y distraído, eché
a andar. Así llegamos, al fin, a Bethphagé.

En la pequeña plaza, multitud bullanguera,
Jugaban a los dados en debate animado.
Un muchacho tocaba un pito de madera,
Alguien dijo: "Al Maestro anunciad que ha llegado".

Un joven de un tabuco se asoma en el umbral.
Creí tener enfrente una luz celestial
que hizo cerrar mis ojos confuso y aturdido.
Se acercó recogiendo la orla del vestido,
Y dijo entre sonrisas: "Dejad al inocente
Animal que sin cuerda se vaya libremente
Al campo en que pacía". Así dijo el Maestro.
Hablando de mi madre que aún guardaba el cabestro.
Sentí sobre mi frente un gran soplo pasar
Y tan sólo fuí dueño de gemir y temblar.
¿Qué cosa iba a pasarme? Yo nada comprendí.
Hubo un silencio. Luego, Dios montó sobre mí

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org